

extensión e intensidad, en el círculo de las ideas cristianas. Ante todos, el alemán ALBERTO MAGNO (1193-1280) se penetró de toda la grandeza de esta tarea, la emprendió valerosamente y la ejecutó en sus partes preliminares y fundamentales. Su discípulo, de no menos ingenio, Santo Tomás de Aquino en Italia (1225-1274), ordenó el inmenso material. Impulso poderoso recibieron los estudios aristotélicos por la necesidad que tuvieron los sabios cristianos de defender las verdades cristianas contra los ataques de los aristotélicos árabes. La Iglesia había intervenido contra los errores que entonces reinaban, y lanzado contra cierta filosofía aristotélica aquella prohibición que tanto se ha debatido y censurado. Prohibió, según el catedrático Schneid demuestra extensamente<sup>1</sup>, la lectura de un Aristóteles mal traducido y plagado de errores, cuando su lectura encerraba muchos peligros para la pureza del símbolo católico; pero recomendó y fomentó el estudio del Aristóteles depurado de toda alteración. Los representantes de la ciencia eclesiástica se hicieron aristotélicos para combatir al arismetelismo falso.

Más de una vez se ha comparado ya, según el Barón de HERRLING expone con ingeniosos detalles, la ciencia medioeval con la arquitectura de los tiempos medios, poniendo las catedrales góticas en parangón con las obras de los grandes escolásticos. Ha habido quien quiso ver en las objeciones que se hacían y en las soluciones que daban á ellas, en sus distinciones y argumentaciones, la reproducción dialéctica de aquel riquísimo ornamento de pilares, columnitas y arcos que viste la fábrica de nuestras catedrales con un manto, aunque lujoso, tejido y bordado sobre un plan rigurosamente sistemático. Esta comparación es sostenible aun ante una crítica menos superficial, por cuanto se puede probar cómo los operarios cristianos de la ciencia y del arte aprovecharon en uno y otro terreno los restos de la antigua civilización. La técnica y las formas artísticas romanas engendraron la arquitectura cristiano-germánica; y del mismo modo los sabios aprendieron la dialéctica en los libros de los antiguos, y tomaron de los escritos gentílicos la terminología que luego emplearon en la ciencia de la fe. Con todo, el desarrollo de estas dos manifestaciones del pensamiento medioeval, muestra diferencias notables. La arquitectura se emancipó en el estilo ojival de la tradición antigua, y levantó sus majestuosas construcciones rompiendo enteramente con la antigüedad grecoromana. Pero la escolástica se asió tenazmente del material que la antigüedad la había legado: de aquella multitud de problemas con sus soluciones, de aquel

sistema ideológico bien ordenado y coherente, de aquella terminología minuciosa y de aquel tesoro de conocimientos empíricos que hallaban acumulados en las obras de ARISTÓTELES.

Esta diferencia entre el arte y la filosofía se impuso por la naturaleza del respectivo objeto. En la arquitectura se trataba de erigir obras por la creación libre del ingenio; la filosofía había de aprehender y apropiarse las verdades objetivas ya propuestas.

Tocamos aquí un punto que merece ser meditado muy seriamente, cuando se quiere entender bien la ciencia de la Edad Media. Entonces el espíritu humano se subordinaba á la verdad, mientras que el moderno tiene á la verdad por producto suyo, y, por tanto, no tolera el imperio á que tiene sagrado derecho. Hoy día se adora en aquel subjetivismo que juega con la verdad y con cuestiones arbitrariamente suscitadas como los niños se entretienen con juguetes de cartón. Entonces el elemento subjetivo desaparecía completamente ante la verdad objetiva. Mientras que ahora se ve en la filosofía una diversión venatoria, en la cual el cazar es lo principal y la caza una circunstancia accesorias y poco importante, los antiguos no tenían otro empeño que el de poner el espíritu en posesión de la verdad.

De ahí también aquel rasgo característico y singular de la ciencia cristiana de la Edad Media, el guardar con piadosa veneración todo cuanto se le transmitía de la antigüedad pagana. Y no es este á la verdad un rasgo innoble, sino que da testimonio de un espíritu no preocupado, que reconoce lo bueno y lo verdadero donde quiera que se le ofrece, y de magnánimo desprendimiento, que no se halla sino en los varones que no tienen más interés que el de la verdad. La autoridad que en las cuestiones dogmáticas se concedía á los libros sagrados y á los Santos Padres, tenía su analogía en el crédito que se daba á las opiniones emitidas por los sabios gentiles en las materias meramente científicas. El filósofo de nuestros días hace alarde de la novedad de las teorías que establece con entero olvido de la tradición, para jactarse de ser el quien enseñó el primero esto y aquello. El filósofo de antaño trabajaba ante todo por saber lo que otros habían pensado y sostenido antes que él, persuadido de la continuidad de la ciencia, á la cual los individuos se habían de supeditar. ALBERTO MAGNO dice muy á menudo, é insiste casi hasta causar hastio, en que no ofrece sino lo que ha leído y compilado en otros autores. Es otro rasgo fútil, si se quiere, pero que caracteriza á toda aquella Edad, el que ALBERTO escribía disertaciones en los conventos donde se hospedaba en sus viajes, y las dejaba á los hermanos en lugar de paga. Pagaba con lo que parecía más valioso á los demás, sin inquietarse, como los literatos modernos, "por su propiedad intelectual," ni cuidar de

<sup>1</sup> ARISTÓTELES in der Scholastik. Beitrag zur geschichte der Philosophie des Mittelalters.

que constase á la posteridad la extensión de sus producciones literarias.<sup>1</sup> Tanta atención merecía á los sabios la *causa*, que las *personas* cedían ante ella colocándose en el último término.<sup>2</sup>

Supuesto tal modo de ver y apreciar, no puede dudarse que los piadosos monjes de la Edad Media recibirían y elaborarían con diligentísima solicitud todo cuanto el antiguo griego poseía en el conocimiento de verdad. No es preciso que nos detengamos mucho en este hecho incontestable, puesto que el cultivo de la tradición fué tan piadoso entre los escolásticos que se les imputó como ignorancia por aquellos que no reconocen ciencia sino donde el mezquino yo hace valer toda su individualidad. Dice PRANTL: "En toda la Edad Media, sin ninguna excepción, ningún autor ha tomado una sola idea de sí mismo."<sup>3</sup> "El gran mérito de Alberto, que sería locura negarlo, está en su inmensa erudición; pero no poseía tal vez más entendimiento ni mayor talento filosófico que toda la multitud de los medianos, ó acaso aún menos."<sup>4</sup> Todos, sin excepción, se *ceban con grasu ajena*..., recogiendo imbéciles, como ALBERTO MAGNO y TOMÁS DE AQUINO, y con un afán insipido de autoridades, las piezas más heterogéneas del bien ajeno.<sup>5</sup> Mas no es sólo el catedrático PRANTL quien tiene aquí su herbazal predilecto. También RIEZLER habla de la "atmósfera mustia de la tradición cultivada por la pereza intelectual." Este punto es un lugar común que por muchos ha sido tocado con voluptuoso placer. Para nosotros tiene importancia sólo el hecho que ha dado origen á tales aserías. Pues si es verdad lo que afirma OTTO LIEBMANX, autor ciertamente libre de toda sospecha, á saber, que "todo el sistema natural moderno cabe sin restricción alguna, sin interpretación violenta ni explicaciones artificiosas, en el marco lógico de la metafísica de ARISTÓTELES,"<sup>6</sup> no hay temor de que la escolástica y las ciencias naturales modernas sean irreconciliables. Sin embargo, no hemos de creer de ningún modo que la escolástica consiste en nada más que en la repetición servil de ARISTÓTELES.

Cierto es que los pensadores de la Edad Media no tenían un sistema absolutamente propio, tal como lo debe tener hoy todo el que quiera vender su género en el mercado de la filosofía. De

<sup>1</sup> V. Herling, l. c., p. 7.

<sup>2</sup> En este sentido dice Alberto: «Quod de auctore quidam querunt, supervacaneum est, et numquam ab aliquo philosopho quaesitum est nisi in stolis Pythagoræ quia in illius schola nihil recipiebatur nisi quod fecit Pythagoras, ab aliis autem hoc quaesitum non est; a quocumque enim dicta erant, recipiebantur, dummodo probate veritatis haberent rationem.» Opp. I, 238 b; citado por V. Herling, l. c., p. 28.

<sup>3</sup> *Geschichte der Logik II*, Prefacio, p. 4.

<sup>4</sup> *Ibid.*, III, p. 89.

<sup>5</sup> *Ih.* III, p. 2.

<sup>6</sup> *Gedanken und Thatsachen, (Ideas y hechos)* Strassburg, 1882. Cuad. I, p. 7.

modo parecido á aquel con que el físico somete sus investigaciones á los teoremas de la matemática, sometían ellos las suyas á la verdad acreditada por la autoridad del Dios que la había revelado, y de manera análoga se apoyaban en los datos que les suministraba la ciencia aristotélica. Apesar de esto, guardaban toda entera la verdadera independencia científica, armonizando aquellos dos órdenes de verdades, apurando hasta donde alcanzaba la verdad cristiana y desenvolviendo las doctrinas del Estagirita. Así sucedió á menudo que en muchas cuestiones eligiesen un camino nuevo. SCHNEID recuerda, por ejemplo, las doctrinas magistrales y del todo originales de SANTO TOMÁS sobre las pasiones del alma.

94. Con no menos gracia que verdad observa FEDERICO LEOPOLDO STOLBERG: "que nosotros sabemos leer á PLATÓN en cierto sentido mejor que los griegos mismos. Con noble y afanoso estudio, SÓCRATES y él buscaban la verdad, la hallaron á menudo, y con todo no pudieron gozar de ella con entera seguridad. Nosotros miramos al resplandor de una luz más clara, limpiamos en horno celeste el oro de la verdad de las escorias del error y guardamos nuestra propiedad."<sup>1</sup> No sin razón se ha dicho por esto que el PLATÓN de SAN AGUSTÍN es otro que el PLATÓN histórico; y con la misma razón puede afirmarse que el ARISTÓTELES de la filosofía cristiana es otro que aquel antiguo griego á quien la crítica filológica sigue examinando con asombrosa diligencia.

Quien quiera averiguar los adelantos que la filosofía cristiana de la Edad Media ha hecho más allá del ARISTÓTELES pagano, le ocurrirán naturalmente ante todo las doctrinas basadas en la verdad cristiana. Cuando la filosofía aristotélica fué conocida de los sabios cristianos, habían pasado ya, muchos siglos hacía, á ser propiedad de las naciones cristianas las verdades fundamentales que el cristianismo supone: la verdad de la existencia y de las propiedades de un Dios creador del cielo y tierra, y de su relación con el mundo, y la verdad del origen del género humano y del destino de los hombres, verdades aunque reconocidas, sólo someramente despuntadas por los pensadores gentiles, y no sin que dejaran de adulterarlas con errores de consecuencias gravísimas.

Por lo que hace al conocimiento de la existencia de una Divinidad superior al mundo, cierto es que hallamos la teleología ya entre los griegos. ARISTÓTELES elogia á ANAXÁGORAS porque la contemplación del orden armonioso del universo le había movido á reconocer una inteligencia ordenadora.<sup>2</sup> Para ilustrar la rela-

<sup>1</sup> Citado así por V. Herling, *Albertus Magnus*, p. 21.

<sup>2</sup> L. 1, metaph. cap. 3.

ción de Dios al mundo, se vale de la parábola de un capitán y de un padre de familia. Muy oportuno es también recordar aquí cómo designó á Dios como suprema causa final del mundo. Pero antes de llegar á la Edad Media, no hallamos reunidos los numerosos ensayos peripatéticos en una demostración teleológica de Dios con sujeción á las reglas del arte de pensar.

En cuanto á la relación de Dios y del mundo, ARISTÓTELES no ofrece la verdad sino en contornos muy oscuros y en indicaciones ocasionales; de modo que hasta ahora todavía no falta quien afirme que, según la doctrina aristotélica, Dios no sabe nada del mundo, no cuida de él y no mueve el mundo sino á manera de un objeto que se ama y apetece. La doctrina de la voluntad divina ha sido pasada en silencio por el Estagirita.

En este punto fué entonces la abundancia de la revelación cristiana lo que habilitó á los pensadores medioevales para afirmar los débiles presentimientos de los antiguos griegos ilustrándolos, y enseñarlos hasta el punto de formar un sistema doctrinal luminoso. Interesante es ver cómo aquellos varones supieron concordar la integridad de la doctrina cristiana con las determinaciones aristotélicas con tal perfección que, al parecer, la verdad revelada se desprendía forzosamente de los datos que les suministraba la filosofía del Estagirita <sup>1</sup>. ALBERTO MAGNO explica la relación de Dios y del mundo diciendo que Dios es la causa eficiente, teleológica y aun arquetípica del mundo. Respecto de los dos primeros miembros de esta fórmula, se apoya en ARISTÓTELES. Pero tocante al tercero, ó bien á la causa arquetípica ó ideal, la filosofía griega había dejado una laguna; pues si PLATÓN nos sabe referir cosas muy bellas de las ideas, en queriendo aclarar la relación del mundo ideal á la Divinidad, no nos da sino fragmentos muy difíciles de conciliar <sup>2</sup>. ARISTÓTELES transfiere lo ideal á los seres individuales de la naturaleza como esencia de ellos, pero sólo para perder de vista el mundo de las esencias arquetípicas.

Era preciso, pues, sacar una verdad nueva de premisas aristotélicas. El Estagirita había concebido la actividad divina como acompañada de inteligencia, y había acuñado el concepto de "arte", para semejante modo de obrar. "Arte es habilidad inteligente dirigida á la producción de una obra visible," <sup>3</sup>. La actividad artística supone la existencia del plan de la obra, el conocimiento del fin á que se dirige y la elección prudente de los medios de que necesita. Por tanto, quien descubre la causa del mundo en una in-

<sup>1</sup> Cf. V. Hertling, l. c., p. 82.

<sup>2</sup> Cf. Zeller, *Philosophie der Griechen*, II, 1, p. 294.

<sup>3</sup> L. 6. Eth. N. C., p. 4.

teligencia suprema distinta de él, debe conceder también que, conforme á las formas ideales en ella existentes, reviste á todo cuanto es ó será, de la forma, medida y orden de su respectivo sér.

ARISTÓTELES había enseñado además, que á todo lo que ha sido hecho debe preceder una realidad de la misma especie y cualidad por cuya acción nace la cosa nueva. El escultor lo es porque lleva en su mente la idea de la columna que luego talla del granito: á la idea se añade el proceso de la reflexión y á ésta sigue al fin el acto mismo, la producción. Por tanto, también Dios como primera causa del mundo debe llevar en sí un arquetipo de su obra, tanto del todo como de los pormenores.

De este modo obtenemos la triple causalidad de la primera causa. Dios es causa eficiente en cuanto es el autor de todo sér. En cuanto lo produce mirando á sí mismo y no á nada extraño fuera de sí, aparece como causa arquetípica del Universo. Por último, es su causa final, porque le mueve no la necesidad propia, sino la riqueza de su bondad.

ALBERTO va también más allá de ARISTÓTELES, cuando enseña que Dios, conociéndose inmediatamente á sí mismo, reconoce indirectamente todo lo demás. Siendo Dios la causa suprema y el principio supremo de todas las cosas, y conociéndose como tal causa y tal principio, el conocimiento de su propia esencia constituye para él el principio cognoscitivo de todo lo que deriva su sér de la mano de Dios. En aquella simple intuición, Dios se concibe á sí propio como causa eficiente, arquetípica y final de las cosas, conociendo á éstas perfectamente y tales como son, no sólo porque son de él y por él, sino también porque por su sér ideal existían en él antes de que obtuvieran el sér externo y peculiar suyo por el acto de la voluntad divina. Los escolásticos posteriores hicieron resaltar aún explícitamente que la intuición divina posee la perfección de dirigirse á las cosas tales como son en sí propias.

A más de esto, los pensadores de los tiempos medios, estudiando á la luz de las ideas cristianas de Dios, han puesto cima á la filosofía teleológica, cuyo fundamento echaron PLATÓN y ARISTÓTELES, dando aquella explicación de la naturaleza sin la cual no hay inteligencia de las cosas que sea completa <sup>4</sup>. "Dios es bueno; y porque era bueno, no alimentaba sombra de envidia; y porque no envidiaba nada á nadie, quería que todo le fuese tan parecido como fuera posible."

Esta es la causa más importante y principal de la existencia y del mundo <sup>5</sup>. En estas palabras presintió el Timeo platónico lo

<sup>4</sup> V. Hertling, l. c., p. 226 siguientes.

<sup>5</sup> PLATÓN, *Tim.* 2, q. 5.

que por el cristianismo había de ser inundado en un océano de luz. La bondad desinteresada de Dios es la causa por la cual el mundo fué creado. Dios hubiera podido complacerse en su absoluta suficiencia, si tal hubiese querido; entonces no habría creado nada; pero se ha complacido libremente en salir en cierto modo de sí mismo para comunicar su bondad á otros y como derramar sobre otros el sér y la bondad. Aquí alcanzamos el punto desde el cual se puede adivinar en última instancia por qué conviene á las cosas ser tales como son. Pues no podremos esperar entender por qué los cosas son como son, sino cuando podamos estimar en algún modo qué valor, y según él, por decir así, qué derecho tienen á la existencia dentro de la apreciación de la causa creadora, y qué fines se ha propuesto Dios con ellas y por ellas.

Tocante á la duración del tiempo en que el mundo se desenvolvió, la filosofía cristiana de la Edad Media rectificó extremos esenciales de la doctrina aristotélica. Según ARISTÓTELES, el mundo con sus evoluciones, aunque producido por Dios, no tiene comienzo temporal, sino que existe desde la eternidad. Si el movimiento del mundo—así ó en términos parecidos ratiocina el antiguo griego—hubiera tenido principio, antes de este principio el movimiento y lo movido, ó deberían haber existido, ó no. Si no han existido, deberían haberse hecho; de consiguiente, se hubiera verificado ya un movimiento antes del primer movimiento. Si han existido, no puede pensarse que no se hubiesen movido, si era propio de su naturaleza el moverse; de no ser así, hubiera debido efectuarse algo que les diera esa cualidad, de manera que aun en este caso tendríamos un movimiento antes del primer movimiento. El Estagirita se apoya, según se ve, principalmente en la consideración de que la acción de la fuerza que produjo el mundo debe ser tan eterna é invariable como esta fuerza misma, y por lo tanto que su producto, el Universo, á pesar de todas las variaciones que algunas de sus partes sufren, no puede haber sido creado en su totalidad<sup>1</sup>.

Como antes el judío MAMÓNIDES desde el punto de vista de la narración mosaica, así, aunque con algunos otros argumentos, ALBERTO combate la doctrina aristotélica, valiéndose del concepto cristiano de la creación. Muy acertada es esta observación final: que el error del Estagirita radicaba en que no había conocido otro producto que el realizado por procesos naturales, y que su argumentación no era concluyente aplicada á una obra creada de la nada por la omnipotencia de Dios<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> En este sentido interpreta Zeller el lugar 2, I, phys. cap. I, 251 á 20 sigs (*Philosophie der Griechen* II, 2, p. 433), según nos parece, con entera razón.

<sup>2</sup> V. *Hertling*, l. c., p. 30.

Supera, ya que no combate, á ARISTÓTELES la doctrina escolástica de la acción divina en las cosas del mundo. Dios es el artífice primero y supremo, y todo el mundo es instrumento en su mano. Si bien las causas naturales obran y producen la generación de las formas, no podrían producirlas nunca por su propio poder. Las formas de las cosas no nacen sino porque con todas aquellas causas coopera intrínseca y ocultamente la virtud productora de Dios, no de otro modo que el ingenio del artista en cada uno de sus movimientos. Así como bajo la mano del herrero en el mismo fuego y del mismo hierro, nace ora una espada, ora un arado, la eficacia de las causas naturales depende siempre del poder superior que en ellas obra. Pero podría ocurrir preguntar, si con semejante argumentación no se despoja los fenómenos naturales de toda persistencia y normalidad, y no se priva de su fundamento á toda la ciencia natural. Para ocurrir á esta duda, debemos rogar se tenga presente que el símil que acabamos de emplear, claudica, como todas las comparaciones, y que los mismos filósofos escolásticos así lo reconocieron. Si bien todo cuanto acaece en el mundo, depende en última instancia de la Divinidad, pero próximamente no es determinado sino por la acción de las fuerzas naturales en su modo peculiar de ser y existir. Aunque Dios coopera en realidad, ha otorgado subsistencia á las causas naturales y una naturaleza determinada mediante la cual se asemejan á sus efectos. Podríamos decir que Dios ha limitado su actividad por medio de la naturaleza que confirió á las cosas, y conforme á la cual obra en ellas. Dios ha revestido las cosas de la dignidad de verdaderas causas, y se ha ligado por tanto á la naturaleza que él mismo les dió. Queda, pues, íntegra é intacta la presuposición indispensable para una explicación científica de la naturaleza ó de una regla y uniformidad universal de los fenómenos naturales. ALBERTO MAGNO mismo considera como ministerio de las ciencias naturales expresamente la concepción de lo que se desprende de las condiciones de las cosas naturales mismas. "No hemos de investigar, dice, de qué manera Dios, el supremo Hacedor, se vale conforme á su libre albedrío de las cosas por él creadas para obrar milagros, sino lo que puede acaecer dentro del alcance de la naturaleza y mediante las causas naturales impresas á las cosas,"<sup>1</sup>. Según se ve, la escolástica no carecía de ningún modo de la idea de un mecanismo universal, cuyos miembros diferentes, determinados por su naturaleza recibida una vez para siempre, obran así como *deben* obrar conforme á leyes fijas bajo las circunstancias en que el movimiento del mundo las pone en cada instante. Aquella época, po-

<sup>1</sup> Cf. *Hertling*, l. c., p. 129.

seía, pues, estas ideas, que regulan las ciencias naturales modernas. ALBERTO se declara repetidas veces partidario de la teoría de que el efecto no sólo depende de la naturaleza de aquello que lo produce, sino igualmente de la de aquello que admite á sí ó experimenta en sí. Los sabios antiguos hubieran debido sólo tomar en cuenta estas ideas para llegar á fijar su atención en todos los factores que concurren en la realización de un fenómeno natural, de la misma manera que hoy suele observarse en las ciencias naturales.

No menos que la doctrina de Dios, la del alma humana fué desarrollada por la escolástica de un modo que aquí podemos indicar sólo muy someramente. ARISTÓTELES se había expresado con poca claridad sobre la relación del alma racional al cuerpo <sup>1</sup>, pues no enseña cómo puede suceder que un principio incorpóreo ó inmaterial vaya unido al cuerpo en una substancia como principio informante. La escolástica ha planteado este problema sumamente importante y lo ha discutido con mucha profundidad, hasta conseguir su perfecta solución. Además, la escolástica nos ofrece investigaciones sobre la personalidad humana, el libre albedrío, la relación de la libertad humana y la causalidad divina, el origen y la naturaleza del mal, todo lo cual el Estagirita había dejado en blanco. Pero en el terreno de la ética fué donde los pensadores de la Edad Media levantaron una construcción brillante y lujosamente desarrollada, para la cual es verdad que podían emplear muchas piedras preciosas labradas en el taller de la filosofía aristotélica. La teoría noética de los antiguos griegos no fué acabada satisfactoriamente hasta la especulación de los pensadores escolásticos <sup>2</sup>, por no recordar la cuestión de los universales.

Aun en muchas cuestiones particulares de la filosofía natural, los escolásticos han dejado atrás á ARISTÓTELES, con buena suerte. Mencionemos, por ejemplo, que por oposición al Estagirita, que daba la materia sólo por substratum corpóreo para las operaciones naturales, los escolásticos volvieron á acogerse á la concepción antigua—esencialmente católica—y la representaron también como principio substancial de la difusión en el espacio, apareciendo así la materia otra vez como causa de las apariencias sensibles, puesto que sólo lo difuso en el espacio puede ser percibido por los sentidos <sup>3</sup>. Para los escolásticos, la materia no es ya solo el último sujeto de las substancias susceptibles de la generación substan-

<sup>1</sup> L. 3, de an. c. 4429 a. 24, 430, a. 22; l. 1, de part. anim. c. 1, 641, C. 5; l. 12, *Metaphys.* cap. 3, 1070 a. 21.

<sup>2</sup> Cf. acerca de esto v. Hertling, l. c., p. 70, sigs. y p. 119 sigs.; y Bach, des *Albertus Magnus Verhältnis zur Erkenntnislehre der Griechen*, etc. Viena, 1881.

<sup>3</sup> Cf. v. Hertling, l. c., p. 96 sigs.

cial, como decía ARISTÓTELES, sino que es el verdadero substrato de toda naturaleza corpórea.

Para terminar, séanos permitido decir algunas palabras sobre la cuestión de dónde provienen la pluralidad y diversidad de las cosas naturales, cuestión de importancia trascendental en la concepción entera de la naturaleza. No hallamos esta cuestión abordada en ninguna obra de ARISTÓTELES. Planteáronla los peripatéticos árabes y la resolvieron en sentido panteístico, de conformidad con el ejemplo que les dieron los neoplatónicos griegos. Los escolásticos, fijando la mirada en el símil del artista inteligente y reflexivo, hallaron la causa de la pluralidad y multiplicidad de las criaturas en la libre disposición de Dios. Así como la luz blanca del sol se refracta en el matizado arco iris, la creación entera había de reflejar las perfecciones de la divinidad, con lo cual ya estaba establecido un sistema de fines y medios más ó menos cercanos. Es deber del sabio artista dirigir, ordenar y entrelazar la necesaria pluralidad de los medios, de manera que cada uno venga á hallarse en una relación adecuada á su naturaleza respectiva, al fin que es común á todos ellos. Las piedras, las vigas, el cemento, las paredes, cámaras y salas sirven todas para el fin á causa del cual se construyó la casa; pues la pluralidad de las partes está determinada por el plan y arte del maestro. Para ganar la victoria en una batalla, la previsora sabiduría del general compone su ejército de todos aquellos elementos que son hábiles para contribuir de cualquier manera á ese fin, sean guerreros, ó artesanos, ó zapadores. Así sucede en el universo, en el cual cada parte tiene una relación particular al fin universal del mundo, y, por tanto, está formada y dotada por Dios así como esta su relación requiere. Por esta razón, aunque Dios, principio supremo, se ha con todas las criaturas del mismo modo, participándoles á todas su bondad y en cierto modo su propio sér, las criaturas se refieren á él de distintos modos, en cuanto participan del sér divino en medidas diversas, según conviene á la posición que su razón final les da en el universo; y por esto mismo es preciso que se distingan entre sí por su esencia y carácter.

Además, donde las cosas naturales ejercen una acción encaminada á un fin, esta acción aparece dentro de la síntesis comprensiva del mundo, siendo como la tendencia propia de las cosas á asemejarse á Dios y á participar del sér divino en cuanto se lo consiente su naturaleza.

Así, todo concuerda perfectamente: la causa creadora que evoca en el mundo una imagen de su perfección, y las cosas creadas que procuran apropiarse esa perfección mediante su desarrollo y actividad; por un lado la bondad sin envidia de Dios, que no niega

á nada por insignificante que sea, lo que le dé valor y dignidad, y por otro la capacidad de las criaturas, que por modos diversos imitan aquella bondad; de una parte el destino del hombre de conocer á Dios, y de la otra el ministerio de todas las demás criaturas, de auxiliarle en este oficio; por aquí el valor incommensurable de Dios, y allí la pluralidad de las cosas del mundo, que sólo en cuanto están todas unidas reflejan aquel valor, y en grados diversos muestran estampada en su esencia la huella de Dios.

Mas con todo, aún ignoramos la última razón por que conviene á cada una de la diferentes cosas ser como es; aún no sabemos la más profunda explicación de esta superabundancia de formas severas y amenas, donosas y raras, modestas y radiantes de colores, que pueblan las tierras ó se ocultan en los abismos de los mares, ni conocemos el por qué decisivo de las moles inmensas que recorren el vasto espacio por caminos prefijados. Cierto que el mundo tal como es constituye un conjunto artístico y armonioso, en el cual cada cosa se halla en su lugar apropiado; pero ¿por qué ha sido hecho éste que vemos? ¿Por qué no ha sido hecho otro? La filosofía griega enmudece y nos abandona cuando le hacemos esta pregunta. La escolástica nos responde apelando á la voluntad divina<sup>1</sup>. La creación no es solamente una obra de la sabiduría y bondad divina, sino muy propiamente una obra del divino albedrío. La libre voluntad de Dios es la última razón de la existencia y de la cualidad de las cosas creadas.

“Sucédenos con la contemplación teleológica de la naturaleza y del mundo—con esta hermosa comparación concluye el Barón de HERTLING su exposición de la doctrina albertina—lo que pasa al viador que ha ascendido á la cumbre de una sierra. Su mirada domina ahora el paisaje que, allá abajo en el valle, las murallas de la montaña le cerraban impenetrables, y bañadas en ráfagas de luz se le descubren algunas cimas y picos eminentes. Mas tampoco desde esta altura penetra su mirada hasta la profundidad de los valles, no logra seguir el curso tortuoso de los arroyos que corren por sus simas. Ya no podemos dudar que el mundo y sus seres existen para un fin, y donde contemplamos una tras otra cómo

<sup>1</sup> Hermosas son las palabras que escribe Santo Tomás sobre este problema:

“Aliter dicendum est de productione unius particularis creaturae, et aliter de exitu totius universi a Deo. Quam enim loquimur de productione alicuius singularis creaturae, potest assignari ratio quare talis sit, ex aliquo alia creatura, vel saltem ex ordine universi, ad quem quilibet creatura ordinatur, sicut pars ad formam totius. Quam autem de toto universo loquimur educendo in esse, non possumus ulterius aliquid creatum invenire, ex quo possit sumi ratio, quare sit tale vel tale. Unde quum necesse ex parte divinae potentiae, que est infinita, nec divinae bonitatis, que rebus non indiget, ratio determinatè dispositionis universi sumi possit, oportet, quod eius ratio sumatur ex simplici voluntate producentis.” *Quaest. disput. q. 3. de pot. a. 17. Comp. lib. a. 15. Summ. theol. I. q. 19, a. 4. Summ. c. gent. l. 2. c. 23 y l. 3. c. 97; S. AUGUST. 83. Quaest. 28.*

nacen y se disponen sus partes, las hallamos claramente regidas por fines: mas nos faltan los hilos que entrelacean fuertemente los fines particulares con el fin supremo del conjunto. Aunque no conocemos las consideraciones de la sabiduría divina que dieron su valor peculiar precisamente á estas formas y á esta organización de los reinos naturales tal como de hecho existen, admiramos, sin embargo, la plenitud del poder divino en la opulencia regia de formas corpóreas que se extienden ante nuestros maravillados ojos. El Dios que imprimió en la sucesión indefinida de milenarios una huella de su eternidad, y dejó un vestigio de su inmensidad en la inconcebible distancia de los astros, el mismo Dios nos revela la infinidad de su poder en la multitud de fenómenos que su largueza prodiga por el mundo. El mismo Dios cuya benignidad consagra amorosos cuidados á la cosa más menuda, es tan poderoso que no tiene que ocuparse del mundo entero: *Deus ludens in orbe terrarum*. Lo inconcebible mismo del mundo de parte del entendimiento humano tiene su significación profunda. El “rey de la creación, no ha de olvidar jamás que es vasallo ó ministro de Dios.”

Este es el marco ó la base que los antiguos han construído para la filosofía de la naturaleza. ¡Ojalá que la providencia acelere la llegada del tiempo en que no sea desdeñada la ciencia de los siglos pasados sólo porque se ha desarrollado bajo la égida protectora de la Iglesia católica!

95. Si bien somos de parecer que los antiguos han puesto el fundamento en las cuestiones principales, nada está más lejos de nuestro ánimo que afirmar que no se deba pasar en ningún punto más allá de las doctrinas de la filosofía peripatética escolástica, siendo más bien los principios de esta escuela misma los que permiten y piden su más amplio desarrollo.

No puede negarse que la antigua escuela concedía privilegios excesivos á la autoridad en las materias de la ciencia natural y de la filosofía. Pero esta falta efectiva no era radical, puesto que los escolásticos profesaban opiniones muy correctas acerca de la importancia de la autoridad para las ciencias<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Cf. sobre esto Dr. Schmidt, *Aristoteles in der Scholastik, Eichstatt, 1875*, p. 57 sigs. Los testimonios que el catodrílico Schmidt aduce, pertenecen á la época antigua de la escolástica. Nosotros alegamos sólo de los innumerables de época más reciente. Donde los *Commbrienses* hablan de la generación, se expresan así:

“Qui alicuius philosophi, quantumvis excellenti ingenio et doctrina præditus sit, ita sententias inhaeret, ut ab eis nec latum discedat unquam, is occasionem prebet existimandi, ipsum non tam veritatem doctrinae quam prædicatam doctoris auctoritatem sequi; quod a vero philosopho, id est, vere sapientiae studioso, cui veritatis amorem debet esse quam Plato, vel maxime alieum est. Eam ob causam fas erit nobis.... interdum Aristotelem relinquere, ubi id persuaserit experientia, maxime artis anatomicae, quae post Aristotelis tempora plus viguit, magisque in usu fuit.” *L. 1. De gen. et con. c. 4. q. 27, a. 2.*

Crefáse á ARISTÓTELES porque se abrigaba la persuasión de que había apurado el reino de los hechos por sus dilatadas observaciones. La fe excesiva en la autoridad no era, pues, un defecto principal del sistema, sino debilidad humana, cual se encuentra aún hoy en los más respetables naturalistas. No queremos limitar por tanto los principios escolásticos, cuando concedemos á las ciencias naturales todo el juego más amplio compatible con la disciplina lógica. Al contrario, la filosofía peripatética exige las investigaciones naturales, teniendo en ellas su vena vital, por cuanto no se cansa de repetir que la verdad afluye al hombre dentro del reino de la naturaleza y con ayuda esencial de la observación mediante los sentidos.

Mas no sólo es lícito, sino que es forzoso, pasar más allá de muchísimos pormenores de la concepción escolástica de la naturaleza, de modo que nos parece que se extravían algunos sabios que pretenden hallar ya en los antiguos autores ciertas teorías de física, química, fisiología y astronomía.

Háse dado importancia á que la filosofía aristotélica atribuía al calor cierta intervención en los procesos químicos, regulada por determinadas proporciones<sup>1</sup>; otros han recordado que ya en los escritos de ALBERTO MAGNO se emplea el término *afinitas* respecto á la afinidad química; que los cuatro elementos representan un estado cuádruple de agregación; que los antiguos encontraban ya en la luz solar efectos químicos y fisiológicos; y que en general, atribuían á los movimientos sidéreos una influencia trascendental en los movimientos de las cosas terrestres. No queremos ciertamente menospreciar la importancia de tales reminiscencias, ya que por lo menos atestiguan que á menudo se adivina la verdad antes que se la sepa, y que la filosofía escolástica y las ciencias exactas tienen cierta simpatía interna. Pero hasta examinar de más cerca los lugares donde se han encontrado esas alusiones para persuadirse de que proceden solamente de observaciones deficientes de los hechos naturales.

Ya antes hemos dicho nuestro parecer sobre este punto (Cf. número 65), pero no creemos importuno volver á insistir en tan importante extremo.

En tiempo de la escolástica medioeval, no se dudaba, según observa bien el BARÓN DE HERTLING, que se podía llegar á conocer y comprender verdaderamente la naturaleza mediante la lectura de libros á los que se daba crédito ilimitado por los nombres de sus autores, y no se hallaba reparo en admitir de buena fe teorías que contaban más de un milenario de edad. Descuidábase—con

<sup>1</sup> Cf. Santo Tomás, in 1. 2, de gen. lect. 8.

pocas excepciones—la observación inmediata y metódica de la realidad y la experiencia, que hoy es considerada como elemento vital de las ciencias físicas, y pocos, muy pocos había que poseyeran aquella familiaridad que sólo por el trabajo propio se adquiere, con las reglas del método científico necesario para examinar y juzgar con acierto los resultados de los estudios ajenos. Aún no se adivinaban aquellos métodos de observación, producto de indagaciones sagacísimas, que permiten aislar y examinar uno por uno los múltiples factores que concurren en la realización de un fenómeno natural, y fijar la medida y el número de la parte con que cada uno en ellos coopera.

Dado tal estado de cosas, no puede esperarse ciertamente que se hayan realizado notables progresos en el conocimiento de los hechos concretos que la naturaleza ofrece, ni que se haya depurado de sus defectos la física del Estagirita. Los escolásticos no nos dan en esencia más que su venerable ARISTÓTELES, ó por lo menos han ajustado las cosas cuanto podían á las teorías aristotélicas.

Enseñábase, por ejemplo, respecto del orden cósmico, que Dios derramaba sus irradiaciones é influjos, primero sobre las inteligencias, y mediante ellas sobre las esferas sidéreas, y luego sobre los elementos, poniéndose en los cuerpos celestes, ó más bien, en los espíritus de los astros, la verdadera causa eficiente que interviene en la producción de los seres orgánicos y de las substancias químicamente compuestas, y asociándose á estas fuerzas como accesorias las elementales, y en los organismos superiores la fuerza plástica encerrada en las semillas<sup>4</sup>.

En los cuatro elementos de EMPÉDOCLES se veían cuatro metamorfosis substancialmente distintas de una misma materia, que se convertían todas, una en otra, en muchos procesos, de manera parecida á aquella en que el carbono ó el fósforo se presentan en diferentes estados, manifestando propiedades muy diversas. Lo caliente, lo seco, lo líquido y lo frío, eran tenidos por cualidades fundamentales y contrastes importantes de todos los cuerpos. Según esto, el fuego era caliente y seco, el aire caliente y húmedo, el agua fría y húmeda, la tierra fría y seca, habiéndose de reducir á estas cuatro todas las propiedades de los cuerpos. El tránsito de un elemento á otro había de estribar en estas cualidades opuestas.

Si, por ejemplo, en el fuego la humedad sustitúa á la sequedad, el fuego se convertía en aire; si en el agua la sequedad suplantaba á la humedad, el agua tomaba la naturaleza de la tierra, etc., etc. En estas y semejantes cosas, los antiguos erraban, no como filóso-

<sup>4</sup> Véase el opusculo de Santo Tomás, *De occultis natura operibus*.

fos, sino como naturalistas empíricos, creyendo ver con sus propios ojos cómo por el proceso de la combustión el fuego se convertía en aire; por la lluvia, el aire en agua, y por la tormenta, el agua en relámpagos ígneos, y por ebullición constante, el agua en tierra, como en el sedimento de las calderas.

En orden á la locomoción, la escolástica mantenía la opinión platónico-aristotética, según la cual cada cuerpo tiene su lugar natural en el universo, según su composición elemental, aspirando, por ejemplo, en la tierra lo terreno á bajar, y lo ígneo á subir. Como quiera que á los cuatro elementos no les corresponde sino un movimiento rectilíneo según la teoría peripatética, se concluyó que debía haber además una substancia quinta más primitiva, que tuviera movimiento circular, y se tomó por tal el éter, llamándolo quinta esencia.

En cuanto á los metales, se opinaba que el oro, la plata, el hierro y el plomo, consistían principalmente en agua, ya que se dertretan por la acción del fuego.

Estas indicaciones nos parecen suficientes para que se comprenda que es absolutamente imposible restaurar la ciencia natural de la escuela peripatético-escolástica en cuanto se refiere á la explicación de los detalles. Por muchos que fuesen los atisbos de verdad en la apreciación de los hechos, faltaba la exactitud en casi todos los ensayos para aclararlos. «Las propiedades, convertidas en substancias, de lo grueso y delgado, caliente y frío, grosero y fino, turbio y trasparente, seco y húmedo, terreno y acuoso, y como quiera que se llamen, han de servir de razones aclaratorias. Falta aún el sentimiento de la necesidad de reemplazar estas abstracciones por elementos vivos y sensibles; aún se dista mucho de disolver la imagen indefinida y vacía de tal causa en una pluralidad de factores singulares, concretos y eficaces; aún no se presiente la posibilidad de determinar por la medición la cantidad con que cada uno de estos factores contribuye al efecto total».

Sin embargo, para comprender que á pesar de este defecto la filosofía escolástica peripatética conserva su valor peculiar, no se necesita más que un gramo de buen sentido. «Sería, en efecto, un anacronismo monstruoso y hasta risible, observa muy acertadamente O. LIEBMAN, así el que se pretendiera rehabilitar con todos sus pelos y señales un sistema de la antigüedad, como el pretender anatematizarlo y despedazarlo con severo ademán de crítico desde el punto de vista de los conocimientos modernos de la naturaleza. Estos sistemas, ideados siglos hace, son enteramente anti-

<sup>1</sup> HERTLING, l. c., pág. 130.

cuados en cuanto á su ropaje histórico, y deben serlo en este concepto del mismo modo que el traje de un niño le viene pequeño á un hombre adulto.<sup>1</sup> «Sin embargo, sería un error grave tenerlos por definitivamente desahuciados por su substancia lógica universal, solamente porque la empirie es insuficiente en ellos. Si recientemente se oyen fallos como el que todo el aristotelismo es fatigosa logomaquia, infecundo juego con combinaciones bautizadas con una nomenclatura abstrusa, mescolanza de abstracciones arbitrarias y caprichosas con cosas y hechos objetivos, en suma, estúpido entretenimiento de jovencuelos ignorantes, tales juicios depoen contra el que los emite, dándole á él mismo un testimonio contundente de pobreza intelectual».

Habiendo reconocido que debemos pasar resueltamente más allá de la ciencia de la Edad Media, por lo que hace á la exploración del aspecto mecánico y material de las cosas y hechos que la naturaleza nos presenta, es nuestra intención en la exposición siguiente mostrar que las correcciones que aquel sistema reclama, están en la superficie y dejan intacta la concepción filosófica y profunda de la naturaleza; mostrar también que *sólo esta* filosofía natural de los antiguos es capaz de resolver los enigmas que descubre el estudio del universo natural.

<sup>1</sup> *Pensamientos y hechos* (en alemán), Straasbourg 1882. 1 cuaderno, pág. 99.

<sup>2</sup> V. HERTLING, l. c., pág. 130.

